

CONFEDERACIÓN LATINOAMERICANA DE RELIGIOSOS

HACIA UNA VIDA RELIGIOSA

Sinodal y Misionera



Presentación

Unidas/os a la Iglesia universal, nos encontramos en esta tercera fase del proceso sinodal, acogemos la invitación que se nos hace a retomar temáticas específicas que nos permitan profundizar y tomar decisiones de cara a incorporar en nuestro estilo de vida, en nuestras prácticas relacionales, en nuestras opciones misioneras, en nuestros modos organizacionales el estilo de Jesús.

La Sinodalidad no es un concepto abstracto, lo permea todo, la vida, la misión, la calidad de las relaciones, la manera de entender el liderazgo, de vivir la autoridad y la obediencia...Por eso consideramos necesario preguntarnos con sinceridad y profundidad **¿cómo ser una Vida Religiosa sinodal en misión?**

Cinco aspectos resultan significativos para la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe, en el espíritu de la sinodalidad y en la vivencia de nuestra consagración.

1. Misión y conversión pastoral
2. Obediencia y modelos relacionales
3. Formación para la sinodalidad
4. Ejercicio de la autoridad
5. Renovación de las estructuras

Configurar la Vida Religiosa al estilo de Jesús y en el espíritu de la sinodalidad, nos conduce a recorrer un itinerario de conversión, en la convicción de que los procesos de reforma auténticos se desarrollan poniéndonos en relación con las otras/os y acogiendo la llamada a la necesaria conversión personal-actitudinal, institucional-estructural.

Esta convicción animó a desarrollar la XLIX Junta Directiva de la CLAR, la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe con un Instrumento de Trabajo, fruto de los aportes de Congregaciones, comunidades y religiosas/os que expresaron sus contribuciones a la tercera fase del proceso sinodal en las 22 Conferencias Nacionales.

En dinámica de oración y con el método de la conversación en el Espíritu, se retomaron cada una de las cinco provocaciones, con el acompañamiento del Equipo de Teólogas/os Asesores de la Presidencia de la CLAR (ETAP). El propósito que hemos tenido es enviar a la Secretaría General del Sínodo el sentir de la VR de América Latina y el Caribe, y sobre todo lograr un insumo que sea alimento para el camino de la Vida Religiosa que peregrina por este continente.

La Vida Religiosa, en su diversidad de carismas, se encuentra en un constante caminar hacia la plenitud de su vocación bautismal, al servicio del Santo Pueblo Fiel de Dios. En este contexto, la Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas/os se presenta como un espacio de encuentro y colaboración, donde se dinamizan y comparten las prácticas sinodales que definen su riqueza carismática. A través de este compromiso, se busca discernir los murmullos del Espíritu en los signos de los tiempos, promoviendo una misión centrada en el cuidado de la vida en todas sus expresiones.

Esta misión no está exenta de desafíos. La Vida Religiosa reconoce sus fragilidades y limitaciones, especialmente en lo concerniente a los procesos de autoconocimiento, desarrollo

humano y crecimiento espiritual. La incertidumbre ante situaciones como la disminución de vocaciones, el impacto de las tecnologías emergentes y la polarización en la sociedad y en la Iglesia misma, plantea interrogantes sobre la eficacia de sus prácticas pastorales y de formación.

En el actual contexto eclesial, la centralidad de la escucha, el discernimiento y la conversión se erigen como caminos indispensables para renovar la Vida Religiosa hacia una Iglesia Sinodal en Misión. Es necesario priorizar la apertura a los clamores del Espíritu en los pueblos y en los territorios, así como repensar y recrear los procesos formativos que favorezcan la madurez humana y cristiana. La formación para la sinodalidad debe enfatizar la autonomía referenciada, el reconocimiento y potenciación de los dones personales, así como la integración de la diversidad cultural y generacional.

El ejercicio de la autoridad también requiere una profunda transformación, inspirada en el modelo de Jesús como servicio y cercanía. La autoridad debe ejercerse en un espíritu de comunión y participación, promoviendo la corresponsabilidad y el diálogo inclusivo. La construcción de relaciones fraternas y colaborativas, libres de jerarquías y privilegios, es esencial para una Vida Religiosa comprometida con la justicia y la dignidad humana.

La renovación de las estructuras se presenta como un desafío fundamental para responder a la realidad actual desde el evangelio y los carismas propios. La fidelidad creativa y la apertura al cambio son pilares en este proceso, que requiere la activa participación de todas las expresiones de Vida Religiosa. La flexibilización de estilos y costumbres comunitarias, así como la legislación de cambios estructurales que promuevan la participación de todos los miembros, son pasos hacia una Vida Religiosa más sinodal y misionera.

Reconocemos, una vez más, que la Vida Religiosa se encuentra en un momento crucial de su historia, donde la escucha, el discernimiento y la conversión se presentan como pilares para renovar su misión y sus estructuras. El desafío es grande, pero la confianza en la guía del Espíritu y el compromiso con la justicia y la fraternidad guiarán el camino hacia una Iglesia Sinodal en Misión.

1 Misión y Conversión Pastoral

La Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas y Religiosos congrega una gran diversidad de carismas que el Espíritu ha suscitado para que el Santo Pueblo Fiel de Dios, del que forma parte, viva la plenitud de su dignidad bautismal.

Para apoyar el caminar hacia una Iglesia Sinodal en Misión, afirma su participación con este proceso, dinamizando, recreando y compartiendo las prácticas sinodales que son constitutivas de su riqueza carismática y se expresan en sus estructuras congregacionales y servicios pastorales.

Promueve y favorece espacios de silencio y escucha buscando discernir los murmullos del Espíritu en los signos de los tiempos. Reconoce que favorece espacios de escucha y discernimiento para adentrarse en procesos de conversión, deseando ser cada vez más centinela de los caminos del Espíritu centrada en la Palabra y comprometiéndose en la pastoral, con el cuidado de la vida en todas sus expresiones.

Es testimonial la presencia solidaria de la Vida Religiosa, particularmente la femenina, en las periferias, así como su compromiso con el respeto a la dignidad humana y a la creación, formando parte de redes intercongregacionales y laicales donde se ensanchan sus tiendas, se escuchan los clamores de tantos agravios a los derechos humanos y se sirve con alegría y esperanza a poblaciones marginadas y excluidas.

Son fortalezas de la Vida Religiosa en América Latina y el Caribe su compromiso con la sinodalidad, la misión atenta a los destinatarios compartiendo sus necesidades, la profundidad espiritual y el compromiso con los más desprotegidos, la diversidad de expresiones espirituales, sororales/fraternas y pastorales y los espacios para la escucha y el discernimiento comunitario.

Aspectos que reconoce como desafíos a trabajar

Consciente de sus fragilidades y limitaciones, reconoce que no ha sido suficiente su compromiso con los procesos de autoconocimiento, desarrollo humano y crecimiento espiritual, que dificultan crecer en humildad y crear espacios más explícitos de escucha, conversión y discernimiento con la participación de todas/os. Debido a esto reconoce la necesidad de evaluar y transformar sus planes de formación inicial y permanente que tengan como horizonte lo que Dios espera de la Iglesia en este tercer milenio.

Profundizar la confianza en Dios ante el miedo por la incertidumbre de las situaciones actuales que vivimos: ancianidad; disminución de vocaciones; cargas institucionales, desconfianzas y recelos frente a la juventud, las y los laicos y otros sujetos sociales y eclesiales donde también se revela el Espíritu. Los desafíos de las tecnologías emergentes y su impacto en las nuevas generaciones.

La polarización que afecta, también, a la Vida Religiosa y separa, confronta y acentúa el ejercicio de la autoridad centralizado en una persona o en un pequeño grupo, sin considerar a las/os demás. El contagio de algunos aspectos del clericalismo que menguan los carismas de la VR. El inapropiado manejo de los casos de abuso sexual que no hace justicia a las víctimas,

el control de conciencia, de poder, de mal manejo de recursos financieros que exigen transparencia.

El compromiso con procesos de conversión requiere atención al crecimiento humano y espiritual que vaya conduciendo a la integración del yo profundo. La actitud básica cristiana es la escucha y su expresión existencial es, precisamente, la conversión continua que va exigiendo los murmullos del Espíritu en respuesta a los signos de los tiempos.

Son debilidades las dificultades para la escucha, la adaptación y la colaboración con otros actores eclesiales y sociales, las estructuras rígidas y centralizadas que obstaculizan la vivencia del carisma y el compromiso de las nuevas generaciones, la falta de madurez que se refleja en vínculos infantiles, activismo excesivo y ocasionalmente en abusos que afectan la credibilidad de la Iglesia, las resistencias al trabajo conjunto, especialmente por parte de conferencias episcopales, que subestiman o marginan a la Vida Religiosa en la toma de decisiones, persistiendo el clericalismo en las estructuras de animación y gobierno, el poco tiempo destinado a la oración y para cultivar la humildad y el autoconocimiento necesarios para un diálogo profundo, y las resistencias al proceso sinodal por parte de algunos líderes eclesiales, lo que refleja una oposición al cambio y a la apertura propuestas por el Papa Francisco.

Caminos de conversión, caminos a recorrer

Priorizar la centralidad de la **escucha**, el **silencio** y la **distancia** necesaria para **discernir** la Palabra de Dios, la del Pueblo de Dios que es infalible en su fe y la de la realidad, que favorezca los procesos de **conversión**.

Escuchar los gemidos del Espíritu en los pueblos y en la tierra en actitud sinodal, imaginando y actualizando acciones que respondan a situaciones de precariedad. Repensar y recrear la formación inicial y permanente favoreciendo la madurez humana y cristiana.

Abrir espacios para estudios interdisciplinarios en general y teológicos en particular, promoviendo particularmente a las mujeres religiosas y laicas. Fortalecer la misión en salida hacia las periferias existenciales como cómplices del Espíritu, en actitud de **humildad**.

Recrear las relaciones en el horizonte de la comunión y la misión desde el encuentro con Jesús, en la experiencia de la amistad: Ya no les llamo siervas/os, les llamo amigas/os... que nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigas y amigos... (Cfr Jn 15,13.15).

Comprometerse activamente en la transformación de estructuras y cambio de mentalidades que nos permitan abrirnos a la novedad del Espíritu que reconfigura nuestras comunidades y congregaciones, nos vuelve incluyentes de las diversidades y recrea la vitalidad misionera en sintonía sinodal.

Como caminos de conversión y renovación se proponen: la vuelta a la centralidad de la misión, crecer en madurez humana mediante una formación inicial y permanente que destierre clericalismos y cultive la madurez espiritual, adentrarse en procesos profundos de escucha y silencio basados en la referencia al Dios de Jesús, recuperar los tiempos comunitarios y de encuentro para fortalecer la comunión, la amistad y la misión, dar paso a nuevas estructuras que favorezcan la escucha y generen procesos de reconfiguración, promover una formación

que integre dimensiones humanas y espirituales, así como sanar relaciones y fomentar comunidades saludables, crear espacios seguros de diálogo y autoexamen, potenciar el compromiso de escuchar la realidad y fortalecer la sinodalidad desde las bases, superar miedos y resistencias frente a los cambios, promover la intercongregacionalidad y adaptarse a las nuevas realidades tecnológicas y sociales.

2 Obediencia y Modelos Relacionales

La obediencia como relación es un camino de salvación. Se requiere ahondar en la obediencia como relación profunda y no como mero acto de sumisión. Esta interacción trascendente puede ser analizada desde diversas perspectivas: científica, psicológica, teológica y antropológica.

Al reconocer las múltiples manifestaciones de Dios en nuestro entorno, afinamos nuestra capacidad de escucha. La salvación, según este enfoque, se encuentra en la relación auténtica con Dios y con las/os demás. Es un proceso de redención mutua, pues “fuera de la relación no hay salvación”. En la relación con el otra/o, nos convertimos en contemplativas/os, trascendiendo la mera interacción para adentrarnos en el misterio del otra/o. Las palabras de Joseph Ratzinger, “Dios solo es Padre cuando es nuestro”, enfatizan la importancia de esta relación personal.

¿Cómo escuchar y obedecer a Dios, a quien no vemos, si no escuchamos y obedecemos a nuestras/os hermanas/os que sí vemos? La respuesta se encuentra en la práctica concreta, en identificar las situaciones cotidianas como llamadas a escuchar y obedecer a Dios en el otra/o. En cada relación y en cada encuentro, la obediencia se revela como una respuesta amorosa al llamado divino.

Para ser “una Iglesia sinodal y en misión” se requiere –entre otras cuestiones– volver a revisar los modelos relacionales y las prácticas de obediencia mutua que vivenciamos en nuestro andar como vida religiosa en la iglesia y para el mundo. Nuestra vida consagrada tiene sentido desde la obediencia a Dios, fundamento, sentido y fin de todo cuanto existe. Como religiosas/os estamos con-vocadas/os a ser transparencia de su amor irrevocable sobre toda creatura –especialmente las más vulnerables y vulneradas– y, por eso, debemos estar siempre a la escucha (*ob-audire*) de su Palabra para discernir su voluntad aquí y ahora. Desde estos presupuestos y teniendo en cuenta nuestras realidades concretas, creemos necesario y proponemos:

- Re-cordar que el modelo de relación y obediencia por excelencia es el Misterio trinitario, donde cada persona se vacía de sí misma para dar lugar a la otra, conservando, sin embargo, lo que es específico e “intransferible”; la obediencia mutua se traduce en un salir de sí para ponerse en el lugar de la otra/o, estar con la otra/o desde el lugar de la otra/o (*perijóresis*) en un plano de esencial igualdad.
- Volver a re-centrar nuestra mirada en Jesucristo como modelo de autoridad concebida, ante todo, como servicio.
- Cultivar una sincera actitud teologal frente a la vida: fe (creer que Dios habla en la mediación que es mi hermano/a); esperanza (perseverar en esa espera confiada del Dios que se revela) y caridad (donde el escucharnos sin prejuicios puede ser el mayor acto de caridad).
- Revisar el concepto de obediencia más allá de lo disciplinar y formal para centrarnos en la escucha (*ob-audire*) mutua al otro/a y al Otro.
- Concientizarse que las relaciones constituyen el ADN de nuestro estilo de vida (“Fuera de la relación no hay salvación”).
- Trabajar sobre los evidentes diversos paradigmas de comprensión de la VR, provenientes, en gran medida, de las distintas sensibilidades producto de lo intercultural e intergeneracional.

- Superar los modelos de vida comunitaria concebidos desde relaciones asimétricas y piramidales que impiden unas relaciones más horizontales y soro-fraternas.
- Revisar procesos de toma de decisiones para evitar conflictos innecesarios.
- Respetar el misterio del otra/o en su riqueza y también en su fragilidad, asumiendo serenamente que el conflicto forma parte de la vida.
- Saber nombrar humildemente muchas actitudes que dañan nuestra vida comunitaria y obstaculizan nuestro *ob-audire* mutuo: prejuicios, narcisismos, heridas no sanadas, resentimientos, exclusiones, individualismos, auto-referencialidades, luchas de poder, polarizaciones, invisibilizaciones, protagonismos, evasionismos varios, activismos, negociaciones implícitas para evitar conflictos, prepotencias, autoritarismos, cansancios no trabajados que derivan en problemas de salud mental, falta de transparencia.
- Promover los espacios comunitarios de escucha y discernimiento como los momentos de oración en común, conversación en el Espíritu, celebraciones para la reconciliación, etc.
- Recurrir a ayudas externas para la resolución de conflictos.
- Promover liderazgos participativos como artesanas/os del cuidado.
- Practicar la lectura de los signos de los tiempos para “des-velar” al Dios que se revela en la historia, de un modo particular en el grito de los pobres y en el grito de la Tierra.
- Elaborar (y revisar) los proyectos comunitarios.

Entre los aportes de las Conferencias Nacionales, la síntesis del ETAP (Equipo de Teólogos Asesores de Presidencia) y la profundización de la XLIX Junta Directiva de la CLAR, se proponen diversas estrategias para fortalecer las relaciones fraternas y alcanzar la obediencia a Dios. Estas estrategias se basan en la fe, la escucha de la Palabra de Dios y la contemplación de las relaciones desde una perspectiva evangélica. Algunas de las claves son el discernimiento comunitario, la creación de espacios de calidad, compartir historias, la compasión, el trabajo conjunto, la resolución de conflictos, la escucha activa, el cuidado mutuo, el acompañamiento, el crecimiento comunitario, la oración compartida, el examen diario, la aceptación de las limitaciones, el cultivo de una fe integral, la búsqueda de la palabra de Dios en los pobres y las luchas diarias, el buen trato, el discernimiento en la toma de decisiones y la apertura a la voz del Espíritu.

3 Formación para la Sinodalidad

Es evidente que se requieren urgentes y audaces transformaciones en los procesos formativos: asegurar procesos claros el discernimiento al ingresar a la Vida Religiosa, fortalecer el conocimiento de la vida de Jesús y del proceso discipular; actualizar los planes de formación en todas las etapas y niveles; promover una formación basada en experiencias misioneras y carismáticas, y en relaciones que fomenten la creatividad; implementar procesos formativos en equipos compartidos con modelos más horizontales y comunitarios; formar desde la vida cotidiana y en comunión con la realidad sufriente; personalizar la formación y preparar formadoras/es sólidos que acompañen a cada persona en sus procesos; mantener una mirada crítica y constructiva en la revisión de las estructuras y modelos formativos; incorporar la cultura del cuidado en todos los niveles de la formación; valorar y potenciar los dones personales y la diversidad cultural de los formandas/os; formar en colaboración, trabajo en equipo y participación, evitando el clericalismo.

¿Qué se tendría que **TRANSFORMAR** en nuestros procesos formativos?

- Necesitamos mantener una mirada crítica y constructiva de nuestra propuesta formativa de modo que **se renueve y se ordene en dirección a la sinodalidad**. Y en este sentido es preciso revisar la visión que subyace a nuestros modelos formativos y estructuras, provocando los cambios necesarios para **que corresponda a la eclesiología del Pueblo de Dios**.
- Una formación sinodal no se centra sólo en las personas de los formadores, sino en **equipos y comunidades formativas**. Tener en cuenta que la experiencia de vida compartida en la vida cotidiana y en la realidad sufriente es fundamental en la formación.
- Dedicar tiempo a una reflexión más profunda de la **formación de acuerdo a los nuevos tiempos**, integrando a persona competentes y de diversos ámbitos.
- Será necesario que la elaboración del plan de formación sea una **construcción conjunta y discernida en común**, con participación de formadoras/es y formandas/os.
- Debiera darse espacios formativos en vinculación con otras y otros, **favorecer lo “inter”**: interculturalidad, interdisciplinar e intercongregacionalidad.
- También **formar en libertad y responsabilidad**. Por tanto, es preciso revisar y superar los modelos y los estilos formativos centrados en lo normativo, en lo disciplinar y en las decisiones de la autoridad. Todo esto provoca dinámicas de infantilismo, de dependencia y de rigorismo.
- **Acoger la diversidad de la juventud**. Debieran establecerse criterios claros de idoneidad. Es mejor que falten vocaciones a que se deje entrar a quién no tiene vocación: “Quién está donde no tienen que estar, no deja estar a quién sí tiene que estar...”
- **Incorporar decididamente la cultura del cuidado** en las formadoras/es, y en todas nuestras comunidades: el cuidado de la Casa común, del prójimo y de sí mismo. Se hace necesario revisar las relaciones de autoridad / obediencia. Se debe trabajar en la prevención del abuso de poder, de conciencia y sexual.
- Sinodalidad supone **integrar el aporte** femenino en la formación de los hombres, así como el masculino en el de las mujeres.

Así, la formación en la Vida Religiosa en clave de Sinodalidad implica: entrenamiento en el discernimiento para reconocer la voluntad de Dios en la vida diaria y en los signos de los tiempos; opción preferencial por los pobres y cultivo de la humildad; reconocimiento y aceptación de la propia vulnerabilidad; adaptabilidad y flexibilidad con mente abierta; fomento de la fraternidad como relación cristiana por excelencia, con el servicio siempre dirigido a la

comunidad y a los hermanos/os; integralidad en la formación, abarcando aspectos espirituales, afectivos y pastorales; fomento de la pastoral de la conversación, donde se escuche y entienda con el corazón; asumir modelos formativos sinodales, con una visión eclesiológica actualizada; construcción conjunta del plan de formación, caminando juntos en un proceso permanente y eclesial.

¿Cuáles son los **IRRENUNCIABLES** de la formación en sinodalidad?

- Trabajar la madurez de la persona desde una **perspectiva integral procesual** centrada en el seguimiento de Jesús. Personalizar el acompañamiento abordando procesos de crecimiento humano, comunitario, y sobre todo cristiano pastoral.
- **Formar hacia una autonomía referenciada**, que favorezca procesos de personas con capacidad de asumir, crecer, renunciar y caminar juntamente con otras/os.
- Que en los procesos formativos seamos capaces de **reconocer, valorar y potenciar** los dones personales, las idiosincrasias y la **diversidad** cultural de las formandas/os.
- Favorecer una **eclesiología de Pueblo de Dios en la dinámica formativa**, y que ésta se explicita de manera experiencial. Que tenga recursos de formación teológica para ahondar en el significado de la categoría Pueblo de Dios y ayude a integrarse y reconocerse parte de este Pueblo de Dios en camino. Discernir la vida y misión desde la claridad de que la Vida Religiosa le pertenece a Dios, a la Iglesia y al mundo (no al clero).
- Los carismas están al servicio de la Iglesia, de ahí la importancia de **recuperar rasgos propios del carisma que evoquen lo sinodal**, así como **releer los elementos esenciales del carisma propio desde la clave sinodal**.
- Que las formandas/os no se aislen ni se desconecten de los clamores de la vida real, de los contextos sociales y de los procesos de la Iglesia; que se sepan y se sientan **protagonistas de la construcción eclesial**.
- Hombres y mujeres consagradas/os que desarrollen una vida en el Espíritu y, como Jesús, cultiven una relación íntima con Dios y aprendan a **discernir** dónde y cómo se manifiesta Dios en la vida, en la historia y en las situaciones de la realidad, especialmente de las periferias.
- **Opción con los pobres**. Elección de casas de formación pobres y cercanas a los pobres. Cercanía al mundo de los pobres, que tanto nos enseñan.
- Abrir más espacios de formación académica a las **mujeres** de la VR, e integrar mujeres en la **formación de los varones**.
- Que la formación para la sinodalidad esté sustentada por un **testimonio coherente** de las hermanas y hermanos mayores, entendiendo que todas las **comunidades** influyen en los procesos de formación. Que el formando pueda ver que en las comunidades de su congregación que se vive lo que se le enseña. Los vínculos entre hermanas/os en una comunidad, en una provincia, forman o deforman.

La formación sinodal integral abraza la cultura del cuidado y la interdisciplinariedad, fusionando lo intercongregacional, intercultural e interdisciplinario. Se enfoca en equilibrar la autonomía y la relación, preparando para la realidad y el servicio con liderazgo propositivo. Destaca el protagonismo de la persona y de la comunidad, siguiendo el ejemplo de Jesús y asumiendo las situaciones de sufrimiento y marginalización. Promueve una experiencia espiritual profunda, abordando la afectividad y la sexualidad personal. Prioriza la escucha y la formación continua de formadoras/es, nutriendo la madurez integral desde la fe. Se enfoca en itinerarios mistagógicos, discernimiento y cercanía a las necesidades de los marginados, fomentando estructuras sinodales y la participación femenina.

¿Qué tendríamos que **ENFATIZAR** en la formación, para hacer posible una VR sinodal en misión?

- Para hacer posible una VR sinodal en misión, en primer lugar, hay que enfatizar que **se forma para la misión de la Iglesia**, no para el beneficio de un Instituto o por una realización personal.
- **Formar para la misión**, de ahí la necesidad de que la formación esté encarnada y en cercanía a las situaciones de sufrimiento y marginación.
- **Formar en el encuentro**, en el sentido comunitario, desde la experiencia de donación, de la reciprocidad, del compartir, y del buen trato.
- **Propiciar relaciones** circulares, inclusivas y abiertas.
- **Formar en la colaboración**, en el trabajo en equipo, en la conversación, en la participación, sabiendo delegar, con un sentido eclesial, desterrando las actitudes que llevan al clericalismo; **sabiendo que somos parte del Pueblo de Dios** y que no estamos por encima o al margen de él. Aprender a caminar juntos en todos los aspectos: decisiones, discernimientos, proyectos.
- **Capacitar para el discernimiento** personal, comunitario y pastoral como mediación indispensable del camino formativo en clave sinodal.
- **Capacitar para adaptación** a nuevas circunstancias y mentalidades, a trabajar y a **tomar decisiones en equipo**.
- **Abrirnos al mundo de las nuevas generaciones:** procurar entenderlas.
- Es importante practicar la **intercongregacionalidad**. Los distintos carismas debieran ser conocidos y conjugados con el propio.

4 Ejercicio de la Autoridad

Ejercer la autoridad al estilo de Jesús implica empoderar, confiar y acompañar a los hermanos en su misión, motivando y guiando con asertividad en el camino hacia la sorofraternidad. La autoridad de Jesús emana de la escucha y obediencia a la Voluntad del Padre, así él encarna un liderazgo que se distingue por su pastoreo cercano, la disposición al aprendizaje y la capacidad de dejarse tocar y cambiar de quienes encuentra en su camino. Su autoridad se fundamenta en el servicio, expresado con humildad, entrega y búsqueda del bienestar de los demás. En ese sentido, el ejercicio de la autoridad debe reflejar los sentimientos de Jesús, priorizando la proximidad y el cuidado de la comunidad, fomentando la corresponsabilidad y el sentipensamiento crítico. Esta autoridad se practica en un espíritu de comunión, participación e inclusión, mediante la escucha compasiva y la promoción de la justicia restaurativa, que construye el Reino de Dios.

Establecer relaciones al estilo de Jesús es gestar nuevas dinámicas comunitarias que sean inclusivas y dignificantes, donde cada persona encuentre su lugar en la mesa, lugar del bien común, incluso si ello implica desafíos de conversión y corresponsabilidad. La coherencia entre palabras, acciones y vivencias es fundamental para construir credibilidad ética y transparencia, fomentando así la confianza en los procesos comunitarios y en los vínculos liberantes. Practicar la humildad y cultivar una actitud de aprendizaje constante son esenciales para abandonar la autorreferencialidad y adoptar una mirada más compasiva y abierta. Además, desarrollar una escucha activa y acogedora a las diversidades, ayuda a valorar la riqueza de la intergeneracionalidad y la interculturalidad, fortaleciendo los lazos comunitarios que promueven una convivencia armoniosa y enriquecedora, que se materializa en la misión.

La transición de un modelo jerárquico a uno más circular o poliédrico requiere de madurez individual y comunitaria, de la reflexión crítica y del compromiso personal. La conversión integral es clave para dejar atrás formas arraigadas de autoridad y abrirse a nuevas relaciones y liderazgos que fomenten la colaboración y la inclusión.

Urge entonces, repensar la formación para un liderazgo sinodal y participativo desde la formación inicial. Esto implica una revisión profunda de los estilos formativos arraigados en nuestras congregaciones, para erradicar cualquier vestigio de infantilismo, verticalismo lingüístico, clericalismo o dinámicas de abuso. Además, se debe revitalizar la formación continua para aquellos que ejercen la autoridad, ofreciéndoles herramientas para coordinar con responsabilidad, eficacia y en sintonía con el espíritu evangélico, fomentando así, el discernimiento comunitario para generar procesos. También, es esencial descentralizar el poder y explorar modelos de gobierno más colaborativos, donde la autoridad sea compartida y se promueva la corresponsabilidad.

En un liderazgo compartido, se debe valorar las capacidades individuales para empoderar en aras de la misión, tomando decisiones de manera conjunta cuando sea apropiado. Asimismo, es crucial que cada individuo practique el diálogo asertivo, fomentando un intercambio constructivo y abierto con aquellos que tienen roles de autoridad, en lugar de recurrir a críticas a sus espaldas, lo cual puede aislar y obstaculizar la coordinación efectiva. En esta línea, en la formación de hombres y mujeres es crucial erradicar el clericalismo desde sus raíces. Mientras se ayuda a los hombres a superar el autoritarismo inherente, en el caso de las mujeres se busca establecer relaciones de igualdad. El clericalismo, arraigado en la herencia cultural, requiere de

lecturas críticas y cambio de sentipensares para erradicarlo. Ya es hora de soltar lenguajes y prácticas que perpetúan jerarquías y privilegios rasgando la sorofraternidad.

De igual modo, es esencial construir una cultura de dialogo tanto en las comunidades como en los institutos, lo que implica escuchar activamente a las personas, valorar sus perspectivas y experiencias, e integrarlas en la vida comunitaria. Asimismo, se debe estar atento a la voz del Espíritu, siguiendo sus indicaciones, y escuchar con atención la realidad social y los clamores de la casa común. Se ha de propiciar ambientes serenos en las comunidades, que esta sea un espacio de libertad, de afecto y de profetismo, facilitando la renovación mutua y la acogida de la diversidad. Así, se podrán abordar los conflictos de manera constructiva, evitando el silencio, la ocultación o la evasión, y optando por expresar las opiniones de manera franca para resolver los problemas de forma colaborativa, sin imponer criterios unilaterales.

Formarse en un estilo de vida conforme a los principios del Evangelio implica practicar la conversación en el Espíritu, reconociendo a los demás como hermanos del camino de la vida. Habría que fomentar encuentros interreligiosos y diocesanos para promover una nueva cultura de liderazgo colaborativo dejando atrás el lenguaje y las prácticas que perpetúan jerarquías y privilegios indebidos. Esto ayudaría a construir relaciones equitativas, inclusivas y colaborativas en favor de la misión.

Es esencial reconocer que somos servidores, no dueños, comprendiendo claramente nuestro rol y misión en la comunidad eclesial. Para ello, debemos escuchar la Palabra de Dios y la realidad con atención, discerniendo juntos la voluntad de Dios, que se expresa en la realidad de los signos de los tiempos. Adoptar nuevos modelos eclesiales basados en la dimensión bautismal y la sinodalidad, que promuevan la participación de todos y la toma de decisiones consensuadas y arriesgadas, es esencial para facilitar la conversión integral y la inclusión de todos los miembros. Reflexionar sobre las dinámicas actuales que obstaculizan este proceso, abren nuestros sentidos para crear espacios abierto, respetuoso y empático. Superar los prejuicios y etiquetas mediante diálogos profundos y sinceros, y formarnos en un estilo de autoridad que fomente el diálogo y la inclusión en todos los niveles de la comunidad eclesial, son pasos fundamentales para construir un ambiente acogedor donde todos se sientan valorados en su misión y contribuyan al crecimiento y renovación de la comunidad.

Es esencial que la comunidad entre en la dinámica de la Sinodalidad, interactuando y comprometiéndose. Debe reconocer que la dignidad intrínseca de cada persona es la base de la igualdad. Es indispensable permitir que el Espíritu modele el ser, quehacer y modos de relación, en una actitud de continuo aprendizaje.

Abrirnos a un nuevo estilo sinodal y construirlo juntos implica una disposición activa a desaprender y adoptar un liderazgo más cercano, comprensivo y disponible, en línea con el ejemplo de Jesús. Es fundamental fomentar la confianza para delegar responsabilidades y potenciar los dones de cada miembro de la comunidad, identificando y formando nuevos líderes para promover dinámicas colaborativas y evangélicas que generen innovación y superen el status quo. El ejercicio de la autoridad debe ser entendido como un servicio temporal, ejercido con responsabilidad y respeto hacia la vulnerabilidad de los demás, cultivando la humildad y evitando cualquier forma de superioridad o abuso. Promover relaciones de paridad en lugar de dominio y dependencia es esencial, reconociendo la autoridad como un don al servicio de la comunidad. Creer en este modelo de autoridad, practicarlo y fomentar espacios para aprender a vivirlo de manera auténtica son pilares fundamentales para una vida religiosa comprometida con la defensa de los pobres y la Casa Común.

Buscando activamente la renovación de estructuras y servicios en la Vida Religiosa, que obstaculizan la promoción de comunidades inclusivas y equitativas. Queremos comprometernos a revisar métodos y estructuras obsoletos que ya no responden a las necesidades cambiantes de nuestra comunidad, de la misión y del mundo actual. Reconocemos y valoramos la autoridad de aquellos que han sido desautorizados injustamente. Todos los miembros de las comunidades, provincias o congregaciones debemos trabajar juntos para impulsar y hacer efectivos los mecanismos de diálogo y participación propios de la Vida religiosa, que son un camino andado para nosotros. Es necesario denunciar y renunciar a todo aquello que desarmoniza con el liderazgo sinodal y cultivar todos los modos relacionales que abran a la vida plena, al buen vivir, a otros mundos posibles que se articulan con el Reino de Dios.

5 Renovación de las Estructuras

Consideramos que la reforma de estructuras está en función de responder a la realidad hoy desde el evangelio y nuestros carismas, con miras a ser una Iglesia en salida. El Espíritu nos invita a estar siempre en camino y con las sandalias puestas, no acomodarnos. Hemos de recordar una y otra vez que nuestras obras y estructuras están al servicio no nuestro, sino del pueblo, de los necesitados, de los demás. El horizonte de la misión ha de marcar el ritmo de la flexibilidad y transformación estructural.

Como Vida Religiosa, una clave fundamental para nosotras/os sigue siendo la fidelidad creativa. Estamos invitadas/os a contemplar y volver a nuestras raíces congregacionales y, desde el discernimiento, responder creativamente a los desafíos de hoy, superando el miedo a arriesgar. Avanzar en los procesos de la fidelidad creativa, de la memoria de fundadoras y fundadores en su capacidad de imaginar nuevas estructuras, implica releer nuestros carismas como posibilidad para caminar hacia una Vida Religiosa más sinodal y misionera.

Entendemos también que estos cambios sólo se pueden hacer en comunidad, se requiere la participación de todos, discernimiento comunitario, escucha y diálogo. Asimismo, sabemos que una condición indispensable para abrirnos a la reforma de estructuras es renovar en nosotros una experiencia de Dios que nos devuelve a la libertad, a la capacidad de arriesgar, de disfrutar los pequeños pasos, de soltar seguridades, de entregarnos con audacia.

El cambio estructural pide una conversión que parte de lo profundo y abarca mente, corazón, voluntad y acción. Estamos provocadas/os a mirar una vez más a Jesús, que nos repite que “a vino nuevo, odres nuevos”, y que nos habla de aquel escriba que, convertido en discípulo del Reino de los Cielos, se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo.

En medio de las incertidumbres y complejidad de estos procesos de cambio, tenemos la certeza de que nos va acompañando el Espíritu. Esto posibilita asumir riesgos desde la confianza en que el Espíritu va conduciendo y nos va abriendo caminos para dar una respuesta a la realidad. Las palabras de Jesús: “no tengan miedo”, se convierten en fuente de consuelo y de ánimo para hacer frente a este desafío.

De cara a la renovación de estructuras, estos son movimientos y actitudes a los que nos sentimos invitadas/os como Vida Religiosa y como Iglesia:

- Avanzar con transparencia y audacia evangélica los procesos de revisión de nuestras obras y los ensayos en los cambios en la manera de gestionar y vivir la misión y de organizarnos comunitaria e institucionalmente, poniendo en el centro la misión y el trabajo con otras/os.
- Fortalecer la conciencia de que todo ha de estar al servicio de la misión. Para eso necesitamos tener claridad de un proyecto común orientado a la misión, tanto en los ámbitos personales, como en los comunitarios e institucionales.
- Flexibilizar estilos y costumbres comunitarias y pastorales que no nos permiten orientarnos de manera sinodal y misionera, poniendo el acento en el Reino y en el mensaje de Jesús. En este sentido, revisar los horarios de nuestras comunidades, promoviendo más oración y menos rezo, cultivando vínculos, propiciando diálogos sorofraternos y recuperando lo hermoso de la propia vocación.

- Legislar los cambios de estructuras que faciliten la participación de todo el pueblo de Dios en las elecciones de todas las autoridades, incluyendo las eclesiales y la Vida Religiosa. Quizá es necesario un impulso fuerte para provocar el cambio.
- Ejercitarnos en la escucha de las nuevas generaciones de la Vida Religiosa y en el diálogo intergeneracional. Dar mayor confianza a las nuevas generaciones y no recargar en ellas tanto trabajo que no les permita crecer y emprender caminos creativos.
- Respetar los ritmos de fusión de provincias o congregaciones.
- Revisar nuestros planes formativos, proyectos y prácticas pastorales, formas de gobernanza y de organización, discerniendo qué estructuras hemos de dejar, cuáles reformar, y cuáles nuevas crear.
- Evaluar nuestros ritmos de vida y nuestros modos de organizarnos, pues los ritmos acelerados muchas veces nos impiden el encuentro con nosotras/os mismos y con los demás.
- Buscar modos concretos para hacer que los laicos participen del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución de nuestra misión.
- Valorar plenamente el papel y las contribuciones de las mujeres en la Vida Religiosa y en el conjunto la Iglesia.
- Acrecentar las experiencias de intercongregacionalidad y de misión compartida con otras instancias eclesiales, superando los miedos a perder los carismas particulares.
- Heredar la tradición de nuestros institutos como punto de partida no como última palabra. Es decir, agradecer lo que en el pasado se ha realizado, pero sabiendo que esto no es el fin. Nutrirnos del pasado para abrir nuevos caminos.
- Recuperar los aspectos más dinámicos de nuestros carismas como respuesta a la historia, haciéndonos la pregunta “¿qué harían nuestras/os fundadoras/os hoy?”. Nuestros carismas todos fueron disruptivos. Si están vivos hoy, tienen que seguir siendo disruptivos.
- Abrirnos a nuevas formas de vida consagrada que presentan otras estructuras.
- Dedicar tiempo a la oración discernida y a prácticas de amor desinteresado, reconociendo al Crucificado en los más pobres y vulnerables, en las periferias existenciales, para servirlos afectiva y efectivamente.
- Cultivar la esperanza, dando pasos para volver a la simplicidad de la vida y a la alegría del servicio, especialmente a los pobres.
- Nombrar, dialogar y enfrentar nuestros miedos al cambio para superarlos, pues bloquean la creatividad y asfixian el propio carisma.
- Darnos cuenta de que es momento de perder el estatus, el clericalismo y los privilegios a los que quizá nos hemos acostumbrado. Abrirnos al profetismo de desaprender. Hacernos conscientes de que el evangelio nos lleva a la humildad, minoridad, pobreza, desnudez y desapropiación, sabiendo que estamos necesitadas/os unos de otros.
- Renovar la centralidad en Jesús y, desde ahí, vivir la mística de lo cotidiano y la apertura al cambio, recordando la llamada a ser testigos de la misericordia de Dios en medio de un mundo roto.
- Dar pasos para formarnos y concientizarnos para el cambio, recordando que la renovación de estructuras se logra desde el amor, gradualmente y con procesos, no desde la imposición.



Confederación Latinoamericana de Religiosos
Calle 64 N° 10 - 45 piso 5 , Bogotá - Colombia
clar@clar.org | www.clar.org